# El mural de los dos domingos

Cuento original · Lectura orientativa: 8–11 años · Aureliano Vargas

La maestra llevó una cartulina grande y la apoyó sobre dos mesas. En la pizarra escribió una consigna: «Dibujemos un domingo en familia». Cada grupo debía reunir sus ideas en una sola imagen.

Hugo tomó el lápiz amarillo de inmediato.

—Podemos pintar una mesa con el almuerzo. En mi casa comemos juntos los domingos, a la una. Mi tío llega con pan y todos hablamos de lo que hicimos en la semana.

Amalia eligió un lápiz azul oscuro.

—Yo quiero pintar una mesa a las ocho de la noche. Es cuando mi abuela vuelve del trabajo.

Hugo frunció el ceño.

—Pero eso ya es casi lunes. Un domingo familiar es cuando todos descansan.

Amalia apretó tanto el lápiz que la punta se rompió.

—Mi abuela trabaja los domingos en una panadería. No por eso deja de ser domingo.

Los dos miraron la cartulina blanca. Cada uno creía que el otro estaba contando mal una familia. La maestra se acercó al oír el silencio.

—Antes de pintar, enséñenme sus bocetos —pidió.

Hugo mostró su dibujo: una mesa larga, tres platos y una cesta de pan bajo un reloj que marcaba la una. Amalia sacó dos hojas pequeñas. En la primera aparecía una mesa junto a una ventana clara; un reloj indicaba las ocho de la mañana y la abuela desayunaba con ella antes de salir. En la segunda estaba la misma mesa, ahora bajo una lámpara encendida, a las ocho de la noche. Sobre un plato había dos mandarinas que habían guardado para compartir.

—¿Son dos mesas diferentes? —preguntó Hugo.

—Es la misma —contestó Amalia—. Mi abuela sale de casa después del desayuno. Cuando vuelve, nos sentamos un rato. Algunas veces cenamos y otras solo conversamos.

Hugo miró otra vez el reloj dibujado. Hasta entonces había pensado que la hora de su almuerzo era la hora de todas las familias.

—En mi casa también usamos la mesa varias veces —dijo—. Pero nunca me había fijado en que una foto del mediodía no cuenta todo lo que pasa.

La maestra giró la cartulina horizontalmente.

—Tal vez el problema esté en la palabra «un» de la consigna. ¿Quién decidió que solo podía haber una hora correcta?

Nadie levantó la mano. Hugo examinó los dos bocetos de Amalia. Reconoció la jarra con un asa torcida y la mancha ovalada del mantel. Esos pequeños detalles mostraban que la mesa era la misma, aunque la luz y las personas cambiaran.

—Podemos usar dos partes —propuso—. Una a la una de la tarde y otra a las ocho de la noche.

—¿Y el desayuno de mi abuela? —preguntó Amalia, todavía molesta.

Hugo pensó un momento.

—Podemos hacer el mural como una ventana plegable. Afuera, mis platos del almuerzo y tu mesa al anochecer. Dentro, los dos dibujos de tu mesa, con la mañana y la noche. Así se entiende lo que ocurre entre una hora y otra.

Amalia no dijo que sí enseguida. Revisó que la mesa de la mañana no quedara escondida bajo la solapa cuando el mural estuviera abierto. Luego asintió.

Pasaron el resto de la clase trabajando. Hugo pintó el mantel de su almuerzo. Amalia puso una lámpara pequeña sobre la mesa nocturna y un cuadrado de luz en el boceto matinal. En las esquinas escribieron las horas para que nadie tuviera que adivinarlas.

Cuando fueron a pegar el mural en la pared, la maestra señaló un espacio vacío en el borde derecho.

—¿Lo rellenamos con otro almuerzo? —preguntó Hugo.

—Mejor lo dejamos para otras historias —respondió Amalia—. Alguien puede tener un domingo tranquilo en casa, o pasar parte del día con otra persona, o no querer contarlo todo.

La maestra estuvo de acuerdo. Colocaron una tarjeta que invitaba a sumar una rutina real, sin exigir que fuera igual a las anteriores ni que pareciera perfecta.

Al salir, Hugo miró el mural de nuevo. Le gustaba su almuerzo de la una. También le gustaba la luz azul de la tarde en la ventana de Amalia. Ninguno de los dos dibujos había desaparecido para dejar sitio al otro.

—Mi tío llega con pan el domingo —le contó a Amalia—. Quizá un día dibuje también la hora en que se va, porque ahí recogemos la mesa entre todos.

Amalia sonrió.

—Y yo voy a añadir las mandarinas de la noche. A veces mi abuela llega cansada y no hablamos mucho, pero siempre las pela en dos mitades.

El lunes siguiente, el mural seguía abierto por la mitad. Desde la puerta se veían dos horas distintas y un borde libre para lo que todavía no habían aprendido a preguntar.